

CARTA DEL PADRINO

Dr. Raúl E. Levín

Hay muchas formas de abordar el tema de la música. Pero en tanto *Devenir* es una revista de psicoanalistas, intentaré ofrecer alguna idea acerca de la compleja trama que deriva del intento de relacionar conceptualmente la estructura de un lenguaje que nos define como sujetos del inconciente, que es de lo que se ocupa el psicoanálisis, y otra producción propia del humano –la música– a la que no se le puede adjudicar estar constituida por componentes significantes.

Quien lea esta carta puede (con razón) pensar que es artificioso hacer una separación entre ambas producciones humanas. Es habitual que pensemos que el habla tiene su música, así como atribuimos a la música algún significado. El lenguaje está determinado por su significación, elemento del cual carece la frase musical.

Sin embargo, aunque pensemos al sujeto como producto del lenguaje, no hay nadie a quien le sea ajeno el efecto sensible de la música, ni el usufructuarla en su versión más primaria, en tanto vehículo que transporta, y presta su tono a la palabra hablada enunciada entre personas.

Podemos además preguntarnos: ¿es posible representarnos algo sin atribuirle significación? Muchos géneros musicales o aún la música clásica instrumental orientan explícitamente hacia un sentido determinado. Tal la música que acompaña

una canción o el libreto de una ópera, la música programática, la música de películas, la música emblemática de acontecimientos (históricos, religiosos), música de ballet, etcétera. Algunos compositores orientan hacia algún sentido determinado con el título de sus obras. Muchas composiciones para piano de Schumann son muy sugestivas de ambientes o sentimientos determinados por el título. Otras obras han sido “tituladas” por terceros para facilitar al oyente su identificación y un sentido enunciado en palabras, por ejemplo la sonata de Beethoven para piano a la que se conoce como “Patética”. Otras veces el autor, en forma más encubierta, orienta al oyente sobre un significado creando una melodía cuyas notas se corresponden con las letras de una palabra (recuérdese que en la notación europea, las notas musicales se corresponden con el nombre de una letra). Tal el caso de la sonata también de Beethoven denominada “Los adioses”, cuyo compás inicial se corresponde con la palabra “adiós” en alemán. Otros compositores incorporan sonidos que evocan un acontecimiento puntual para situar al oyente. Así lo hace Tchaicovsky en su “Obertura 1812”, en la que conmemora la resistencia rusa ante los avances de Napoleón. Para enfatizar su propósito, incluye en su partitura salvas de cañón y repique de campanas. Una dedicatoria también puede otorgar una significación a una obra musical. Es el caso de Alban Berg quien dedica su Concierto para violín (“A la muerte de un ángel”) a la hija de Walter Gropius y Alma Mahler que había fallecido hace poco tiempo a una edad muy temprana. El oyente de este concierto no puede eludir trasladarse al impacto emocional derivado de esta tragedia al escuchar los pasajes más tristes y melancólicos del concierto.

Se dice que en algunas obras religiosas de Bach, con una modalidad crítica (ya que el oyente no lo percibe), hay

mensajes dirigidos a Dios apelando al recurso de configurar símbolos religiosos (por ejemplo la Cruz) dibujados por la disposición de las notas en la partitura.

El lector de esta carta podrá agregar más ejemplos de las diferentes modalidades de sugerir significación a la obra musical según géneros, estilos, partituras, títulos, anécdotas... Sumemos a esto, que es casi imposible que en tanto sujetos no atribuyamos sentido a cualquier producción, sea propia, de un semejante, o de la naturaleza.

Pero lo cierto es que la música no se constituye en tanto lenguaje con un encadenamiento significativo como el que nos sustenta, para definir nuestra condición de sujetos.

A diferencia de lo que es una nota o una frase musical, la palabra como significante tiene un alcance, pero a la vez denota una imposibilidad, un corte, una limitación. Dice pero a la vez deshecha. Una vez escrita no puede dar cuenta de lo no dicho. Ni obviamente de lo indecible. Ya sabemos: angustia de castración. Angustia.

La música puede ser considerada como un modo de expresarse sin palabras. ¿Puede esto contribuir a atenuar la angustia? (Al escribir esto evoco una serie de “piezas” para piano de Mendelssohn tituladas “Canciones sin palabras”).